

Carlos I de España y V de Alemania en Burgos y Provincia

En el cierre del año que determina el cuarto centenario de la muerte de este gran Monarca, distinguido por un doble atributo real corresponde también a Burgos rendir un homenaje a su memoria en la relación de su agitada existencia para puntualizar sus estancias en la Capital y sus frecuentes pasos por la provincia, donde, en su continuo peregrinaje, se detuvo para despachar múltiples asuntos de gobierno y para deleitarse en las fiestas que le ofreció el Concejo burgalés, y las que le dedicaron en la mansión señorial del Palacio del Condestable de Castilla.

Nieto de los Reyes Católicos y heredero de la Corona que ellos fundieron, supo sostener vigorosamente su reinado a través de innumerables vicisitudes con impetuosas decisiones que, si no tan grandiosas y espectaculares como las de sus abuelos, sí lo suficientemente geniales para mantener la arrogancia en los dominios españoles donde nunca se ponía el sol.

Y, si admirable es la magnitud de su obra en los años bríosos de su reinado, no lo es menos, y sí más asombroso, el contraste de su resolución humilde al rendirse para acatar con paciencia, su retirada del mundo, cuando dolorido por la gota supo aceptar con ejemplar resignación la impotencia de su decaída naturaleza.

En la historia de Burgos y su Provincia, se conservan páginas de felices recuerdos, que señalan con la evidencia de su paso las fechas del 29 de marzo de 1518, cuando recién llegado de Flandes y Valladolid, fué a la La Ventosilla para continuar a Aranda de Duero y pasar la Semana Santa en el Convento de La Aguilera; y, la última vez, cuando abatido por la dolencia de su enfermedad y delicado estado de salud, decidió prescindir de la Corona para dar el postrer paso por la vida en su tránsito a la muerte.

Estas dos fechas, primera de su entrada y última, o sea, la décima vez de su paso o estancias en tierras burgalesas, marcan los límites de este breve sumario, rendido como tributo a la memoria de la egregia personalidad del Emperador Carlos I de España y V de Alemania.

En este primer viaje del joven rey Don Carlos a España, se da una curiosa coincidencia, cuando algunas personas de su séquito callejean por la villa de Llanes y les oye hablar en su propio idioma un artista natural de Saint-Omer, quien sumamente impresionado no puede reprimir los ímpetus del paisanaje y en animada camaradería, les dice que reside en Burgos con su familia y se halla eventualmente en la villa de Llanes, tallando una mesa de altar para la iglesia de Santa María.

Si bien, se ha dado la fecha del 29 de marzo de 1518 como prelude de las visitas de Carlos V a la provincia de Burgos, puede señalarse que los primeros contactos con las autoridades burgalesas, datan del 22 al 26 de Octubre de 1517, cuando a su paso por Aguilar de Campóo (Palencia) fué a visitarle y hacerle reverencia el Obispo de Burgos.

A continuación, durante los días 31 de Octubre y 1.º de Noviembre del mismo año, que estuvo el Rey en la villa de Becerril de Campos (Palencia), fué recibido por el Condestable de Castilla, Don Iñigo Fernández de Velasco, Duque de Frias, quien se adelantó a encontrarle como a una legua de camino, llevando consigo un gran séquito de señores ricamente engalanados, entre ellos alguno de sus hijos y un yerno, ataviados con paños de oro.

Echando todos pie a tierra y besando la mano al Monarca, habló el Condestable para darle la bienvenida y presentarle sus honores y obediencia. Se sabe por Don J. García Mercadal, copiando de la crónica de Don Lorenzo Vital, que después de rendidos los respetos al Rey, fueron a saludar a su hermana D.^a Leonor, que volvieron a montar a caballo para acompañar al Rey hasta su entrada en el pueblo, llevando a su izquierda la venerable figura del Condestable que vestía un largo jubón de seda negra y brocado de oro.

Detrás del Rey, seguía su hermana D.^a Leonor, teniendo a su izquierda el hijo mayor del Condestable, engalanado con capa de brocado de oro, y sayo y jubón con brocado de oro, brocado de plata y terciopelo carmesí. Inmediatamente después seguía Madame de Chievres, dama de honor y ama de llaves de D.^a Leonor, a quien acompañaba el yerno del Condestable.

Mientras esta caravana real recorría los caminos polvorientos de Castilla y el Infante Don Fernando salía de Aranda de Duero para encontrarse con su hermano y unirse al cortejo, otro suceso trascendental con la muerte del Cardenal Cisneros en Roa, ponía el más elocuente epílogo a una vida sacrificada a sostener sucesivamente tres tronos.

La comitiva siguió viaje a Tordesillas para visitar a la Reina Doña Juana, y de allí a Valladolid, donde había de organizarse la reunión de Cortes para reconocer a Don Carlos como Rey de Castilla. Así llegó el día 2

de Febrero de 1518, cuando reunidas las delegaciones en el Colegio de San Gregorio, habló el Dr. D. Juan Zumel en representación del Concejo burgalés para protestar de la presencia de personajes flamencos.

En la siguiente sesión, que tuvo lugar el día 5 del mismo mes, intervino nuevamente el Dr. Zumel para advertir cortés pero enérgicamente, que estaba dispuesto a prestar juramento que se le exigía, siempre que Su Alteza jurase también guardar los privilegios, costumbres, libertades y buenos usos de los pueblos, y especialmente las leyes que prohibían dar oficios ni beneficios a los extranjeros.

Como hicieran caso omiso de estas advertencias, el Dr. Zumel, y con él la mayoría de asambleístas, se negaron a prestar juramento de fidelidad al Monarca si antes no hacía Su Alteza, accediendo a lo que se le había pedido. Entre la tirantez y amenazas de cortesanos y procuradores, hubo de suspenderse la sesión, creyendo entonces poder convencer al Doctor Zumel, pero, encastillado en sus propósitos, no se dejó sobornar, sino que insistió y pudo conseguir que el Soberano pusiese la mano sobre los Evangelios para decerir en alta voz: Si lo juro.

Esta fué la tercera entrevista que tuvieron los representantes burgaleses con el recién llegado Monarca a España, que poco tiempo después habían de reanudarse visitando personalmente el Rey los pueblos y la capital.

Estas visitas se repitieron con relativa frecuencia y se iniciaron poco tiempo después con motivo de otra convocatoria para celebrar Cortes. Es entonces cuando, de paso para Aragón, pernoctó la noche del 29 de marzo de 1518 en el Palacio de La Ventosilla, después de haberle convencido que no existía epidemia alguna en Aranda de Duero, como engañosamente le habían informado a su paso por alguno de los pueblos anteriores.

A las cuatro de la tarde del siguiente día, 30 marzo de 1518, entró el Rey con todo su séquito en la ciudad de Aranda de Duero, donde los señores y demás ciudadanos rivalizaron por obsequiar a los visitantes, y para demostrarles su contento, alfombrando las calles del paso con hojarasca, levantando arcos triunfales con ramajes y tendiendo colgaduras en las ventanas de las casas en señal de bienvenida. Según la descripción que hace el cronista Don Lorenzo Vital: «Para hablar de ello francamente, no he visto lugar donde se portasen mejor, ni donde las gentes del Rey fuesen mejor tratadas, ni más amigablemente que allí».

Al día siguiente, que fué Miércoles Santo, mandó el Rey a los coros de su Capilla Real que cantasen tinieblas en la iglesia de Santa María, y el jueves, 1.º de abril, se ausentó de Aranda con muy reducido acompañamiento, para aislar sus pensamientos durante el resto de la semana, recluso en el Monasterio de La Aguilera, y dedicarse a la meditación para confesarse y recibir la Sagrada Eucaristía.



Figura del Emperador Carlos V en el Arco de Santa María.
En la cartela aparece la siguiente inscripción:

D. CHAROLO . V . MAX . ROM . IMP . AVG .
GALL . GER . AFRICA . NOQ . REGI . INVICTISS .



ENTRADA DE CARLOS V EN BURGOS

(Dibujo de PEDRERO)

Vuelto a Aranda de Duero, donde la Corte le estaba esperando para proseguir la atención de los asuntos de Estado, se sabe que allí firmó el primer Decreto encaminado a activar la formación de la Armada que había de conducir Magallanes al descubrimiento del Estrecho que lleva su nombre y dar por primera vez la vuelta al mundo.

También durante la estancia del Rey en Aranda de Duero empezó a ocuparse de las denuncias hechas por el clérigo Fray Bartolomé de las Casas, referentes al mal trato que recibían los indios en el repartimiento de las encomiendas. Considerando la importancia del caso, mandó el Rey a su gran Canciller que, atendiendo las manifestaciones del denunciante, se pudiese de acuerdo con él para corregir tantos abusos. De entonces se conservan dos notas publicadas por Fray Bartolomé de las Casas en: «Historia de las Indias», donde dice el uno al otro: «El Rey nuestro señor manda que vos y yo pongamos remedio a los indios, haced vuestros memoriales», a lo que contestó el clérigo: «Aparejado estoy e de muy buena voluntad haré lo que el Rey y vuestra señoría me manden».

A juzgar por el despacho oficial que hubo, además, en Aranda de Duero, parece que los asuntos relacionados con el viaje de Magallanes, fueron los que ocuparon más la atención del Monarca, porque se conocen: Unas instrucciones dirigidas a Don Fernando de Magallanes, que había de guardar y hacer cumplir en el viaje a las islas de la Especiería. 1.º abril 1518.

Carta del Rey a la Casa de Contratación en el propósito de cubrir varias plazas en la Armada de Magallanes. Fechada el 16 de abril de 1518.

Real Cédula a los oficiales de la Casa de Contratación para examen de los pilotos que habían de emplearse en la Armada de Magallanes. 17 de abril de 1518.

Real Cédula para incrementar el sueldo de Magallanes como Capitán de Su Magestad en 8000 maravedís mensuales. 17 de abril de 1518.

Real Cédula disponiendo que una vez partido Magallanes para el viaje a la Especiería y en caso de muerte, disfruten sus herederos los privilegios a él concedidos. 17 de abril de 1518.

Carta del Rey a la Casa de Contratación referente a la posibilidad de nombrar a otra persona que acompañe a Magallanes. 18 de abril de 1518.

Y que el mismo Don Fernando de Magallanes estuvo en Aranda de Duero a la vez que el Cortejo Real, donde tanto influyeron sus capitulaciones con la Corona, lo da a entender una de las mandas que hizo en su testamento, como sigue: «...y el otro tercio, lo haya el Monasterio de San Francisco de la Villa de Aranda de Duero, para ayuda de la claustra».

Durante aquellos mismos días se había formado el séquito que había de acompañar a su hermano Don Fernando en su viaje a Flandes y en se-

guida empezaron las despedidas, algunas muy emocionadas, porque encariñados con el buen trato recibido del Monarca, sentían tener que dejarle para volver a sus tierras. También muy reconocido el Rey a los buenos servicios que le habían prestado, les hablaba muy cordialmente, recomendándoles que ayudasen a su hermano y gratificando a cada uno de ellos con una bolsa de dinero.

Y llegó el día de la separación, que fué el 17 de abril de 1518, cuando Don Fernando, después de comer y haberse despedido de la Reina Germana, de su hermana D.^a Leonor y otras damas y señores, fué a decir adiós a su hermano Don Carlos.

Después de una profunda reverencia de Don Fernando, dominados ambos por un cariñoso sentimiento de cordialidad, se vieron ligados con un fuerte abrazo. Entonces el Rey, con gran emoción de confraternidad, se adelantó a su hermano y le dijo: «Bien, hermano mío, no os marchéis así de mí sin que yo os acompañe hasta fuera de la ciudad; después de eso nos diremos adiós». A cuyas palabras se detuvo Don Fernando y montando ambos a caballo, salieron por la carretera como una legua, hasta el lugar de convergir un cruce de caminos, donde hicieron alto para despedirse. Al pretender apearse Don Fernando, le contuvo su hermano y echándole los brazos al cuello, descubiertas las cabezas, se abrazaron el uno al otro y así permanecieron emocionados dando rienda suelta a las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Después de alejaron, encaminándose Don Fernando en dirección al mar y el Rey de vuelta para Aranda, donde estaba esperando todo su séquito para comenzar las primeras etapas que habían de conducirle a Aragón.

La próxima vez que vuelve Don Carlos a tierras burgalesas es el 17 de febrero del año 1520, recién elegido Rey de Romanos, cuando entra en la provincia por Belorado, después de haber celebrado Cortes en Barcelona, y va camino de Santiago de Compostela, obsesionado con la idea de embarcarse para investirse con el título imperial de Alemania.

El día 18 hizo alto en la alberguería de San Juan de Ortega, para descansar de la dura y larga jornada a través de sinuosidades y montes muy frondosos, y a la mañana siguiente reanudó el viaje llevado del interés que tenía por llegar a la Cartuja de Miraflores, donde sabía que aún se trabajaba en las obras, y que reposaban en sepultura provisional los restos del fundador, su bisabuelo, Don Juan II.

Allí pasó la noche, levantándose para ir a los rezos cuando lo hacía la comunidad y asistiendo a la mañana siguiente a los divinos oficios del domingo de quincuagésima.

Entonces pudo satisfacer su curiosidad y ver el estado de las obras en

la iglesia, claustros, altares, sepulcros, etc, etc., y acaso sentir el deseo de ver reunidos en el mausoleo central los restos de su bisabuelo y los de su bisabuela D.^a Isabel de Portugal.

Parece que de entonces data la primitiva hospedería que alojó al Emperador, y también la gran chimenea ornamentada con águilas imperiales, que mitigó los rigores invernales de aquel día y una noche, que estuvo en la Cartuja de Miraflores.

En la tarde del 19 de febrero de 1520 prosiguió la ruta la vistosa caravana, luciendo entonces sus mejores galas para acompañar al apuesto y joven Monarca a hacer una entrada solemne y espectacular en la ciudad de Burgos.

Llegado a la puerta de San Martín con toda su comitiva, donde era esperado por las autoridades y vecindario para aclamarle, se adelantaron el Merino mayor, Don Juan de Rojas, y el escribano mayor, Don Juan de Zumel, para pedirle juramento de guardar todos los fueros y privilegios de los burgaleses.

Debidamente informado el Monarca de estas prerrogativas y predisuesto a respetarlas, no opuso el menor reparo; tendió la mano sobre los Evangelios que sostenía el Dr. Zumel, escuchó atento las palabras de ritual que pronunciara Don Juan de Rojas y acató solemnemente mantener los usos y ordenanzas de la Ciudad.

En aquel momento se adelantó el Alcalde mayor, Don García Ruiz de la Mota para rendir homenaje al Rey y dar la bienvenida a todo su cortejo; se franqueó el paso a la comitiva, y pasando bajo arcos de triunfo con alegorías, volteo de campanas y bullicioso clamoreo del pueblo, recorrió las calles del tránsito hasta llegar al Palacio del Condestable donde tenía preparado su alojamiento.

El vistoso cortejo que seguía al Soberano, entre el que destacaba el Regimiento de la Ciudad cabalgando sobre mulas guarnecidas de terciopelo de plata y pendones alzados, lucía ricos trajes de gala, de raso color carmesí, mangas orladas de martas cebellinas, gorras de pelo carmesí, grandes cadenas y collares de oro y medallas, todo lo cual llamó la atención del Rey, quien manifestó su alegría por ver a la Corporación tan ricamente ataviada, demostrando con su elegancia, saber ostentar el título que gozaba la Ciudad de ser Cabeza de Castilla.

Aquella misma noche y las siguientes, se iluminaron las calles con farolillos de colores, y durante los demás días, hubo fiestas de toros, justas, cañas y banquetes.

Así transcurrieron los días de extraordinario regocijo en la población, hasta que llegado el 28 de febrero, siguió Don Carlos su viaje a Valladolid para después continuar a Santiago y La Coruña. donde celebró aquellas

Cortes tan tumultuosas que originaron los movimientos comuneros, dieron el gobierno de los reinos de Castilla al extranjero Cardenal Adriano y el Rey, se apresuraba a embarcar para Flandes, para ser proclamado Emperador.

Durante la ausencia del Emperador se recibieron tres cartas suyas en este Consulado de Burgos para reconocer y dar las gracias por los buenos oficios de su Prior y Cónsules en el levantamiento de las Comunidades. Según atestigua Don Eloy García de Quevedo y Concellón, de quien se toma esta noticia, tenía tan rica hacienda el Consulado de Burgos, que el propio Emperador cuando pensó en hacer la guerra al Rey de Francia, le pidió sesenta mil ducados, como ya antes y después había pedido otras grandes cantidades.

Han pasado tres años y medio desde la última visita de Don Carlos a Burgos, y vuelve de nuevo, cuando de regreso de Bélgica, se detiene en Inglaterra y desembarca en Santander el 16 de julio de 1522. Pero, no es hasta el día 27 de agosto de 1523 que pisa tierra burgalesa para pernoctar en Santa María del Campo, sigue para descansar en Arcos la noche siguiente y entrar en Burgos el día 29, ya revestido con los títulos de Emperador de Alemania y Rey de Romanos.

Para entonces, los graves acontecimientos ocurridos, habían alterado por completo la situación interior de la nación; venía el Emperador de celebrar Cortes en Valladolid; estaba ocupada la ciudad fronteriza de Fuenterrabía y había que hacer frente a la guerra con Francia.

Con la preocupación de este tétrico panorama Don Carlos se detuvo durante quince días en Burgos para organizar la campaña que había de desarrollar el Condestable de Castilla, Don Iñigo Fernández de Velasco como Capitán General del ejército que atravesaría los Pirineos, ocuparía algunas ciudades importantes del Bearn y llegaría con sus fuerzas a lo largo de la frontera para rescatar Fuenterrabía.

En esta ocasión salió el Emperador de Burgos el 15 de septiembre de 1523 con propósito de establecer su Cuartel General en Pamplona, y de su primera jornada, fué a descansar a la hospedería de San Juan de Ortega; al día siguiente, se detuvo para pernoctar en Belorado y por aquella ruta abierta por los peregrinos, salió de la provincia de Burgos el 18 de 1523.

Apenas habían transcurrido seis meses, cuando la buena marcha de las operaciones en la frontera le permitieron abandonar la residencia que había trasladado a Vitoria para seguir desde allí los acontecimientos.

El Monarca victorioso, pasó el Ebro por Miranda el día 7 de marzo de 1524; se detuvo en Briviesca el 8, el 9 en Monasterio de Rodilla y el 10 entró en Burgos para hacer una visita de cuatro días a Lerma y regresar a la Capital el 19.

Ya parece mas normalizada la predisposición del Rey a gobernar sus Estados españoles sin ausentarse de ellos, y nos detalla la historia como recorre los caminos de la Península sin preocuparse de los rigores de las estaciones y sin que los acontecimientos, ni su agitada actividad le permitan fijar un lugar de residencia para establecer todo el aparato cortesano, ya iniciado en Madrid por el Cardenal Cisneros al formar el Consejo Real.

Y regresa a Burgos el día 19 de marzo de 1524 cuando vuelve a visitar la Cartuja de Miraflores, sigue el curso de las obras y vé que están dándose los últimos toques al decorado y habilitación de la hospedería, que ya antes había ocupado. Entonces, y según noticias del P. Tarín, regaló a la Cartuja una reliquia que llevaba consigo de Santa Catalina.

En esta ocasión, prolonga el Soberano su estancia en Burgos durante cinco meses, sin duda, para congraciarse con la población y mostrar su contento por la fidelidad y cordura de los burgaleses.

Es entonces cuando Carlos I de España pudo saborear una de las primeras glorias de su reinado, porque, precisamente estando en Burgos, supo que había dado la vuelta al mundo una de las naves que él confió a Magallanes y gracias a este feliz acontecimiento, se había confirmado el emigma de la redondez de la tierra, y consumado por el burgalés Don Gonzalo Gómez de Espinosa el descubrimiento y conquista de las islas de la Especiería.

Durante este mes de marzo del año 1524, el Emperador despachó once Reales Cédulas dirigidas a los diputados, astrólogos y pilotos, que en nombre de Carlos I habían de tratar con los representantes de Portugal sobre la línea de demarcación en el mar Oceano. Ya con anterioridad había dictado una Real Cédula encomendando al fiscal Don Bernardino de Rivera la representación del Emperador en el trato con los embajadores del Rey de Portugal.

Hacia seis años, que en otra fecha semejante había dedicado la Semana Santa al retiro en un Convento de la Provincia; este año, aprovechaba también la ocasión para buscar reposo al amparo de otra comunidad burgalesa, donde quería hacer examen de conciencia y ponerse a bien con sus sentimientos religiosos.

Era el día 22 de marzo, cuando la escolta y cortejo del Rey se hallaban apostados en el patio y a la puerta del Palacio del Condestable de Castilla, esperando la aparición de la arrogante figura de su Majestad Imperial para dirigirse al Monasterio de Fresdelval en compañía del venerable Don Íñigo Fernández de Velasco que recientemente había regresado victorioso de su campaña en Francia y después de rescatado Fuenterrabía.

Fué aquel día de Viernes Santo, cuando, representando costumbres tradicionales, se presentó ocasión propicia y feliz de gestionar el indulto

del comunero Don Pedro Girón, que tantas veces había propuesto Fray Antonio de Guevara y su propio tío, el Condestable de Castilla.

Y el día 29 de marzo emprende el regreso a Burgos la vistosa comitiva para volver el Rey al Palacio del Condestable de Castilla donde tenía establecida su Corte y atendida a la gobernación de sus Estados.

Entre los muchos asuntos que el Emperador atendió en Burgos desde su residencia en el Palacio del Condestable, aparece una Real Cédula dirigida a los oficiales de la Casa de Contratación para que reembolsen a Don Cristóbal de Haro, de Burgos, la cantidad de 12.300 ducados con destino al pago de vencimientos y nuevas financiaciones a las islas de la Especiería. Dada en Burgos el día 12 de julio de 1524.

Esta prolongada estancia en la Ciudad, le permitió visitar con frecuencia las obras de la Cartuja de Miraflores y acelerar el acondicionamiento de la cripta abierta debajo del sepulcro central para descanso definitivo de sus bisabuelos y fundadores.

Atendiendo estos deseos del Emperador, los monjes sacaron de la sacristía el sarcófago guardando los restos de Don Juan II que allí había sido colocado cuando se llevó desde la iglesia de San Pablo de Valladolid, y a los pocos días de su partida, el 27 de julio de 1524, después de rezarle el oficio de difuntos, fué bajado al panteón donde ya esperaba el ataúd de su esposa D.^a Isabel del Portugal.

Y salió de Burgos el Monarca para detenerse dos días en Lerma, seguir a Valladolid y Tordesillas para visitar a D.^a Juana y continuar su peregrinación por los pueblos de Castilla sin apenas tener lugares de reposo en aquel año de 1524 y siguiente. Tampoco después de su matrimonio en 1526, si bien parece distribuirle entre Sevilla, Córdoba, Santa Fé y Granada.

A finales del año siguiente, el 12 de octubre de 1527, vuelve a Lerma, descansa cuatro días y parece estar dispuesto a invernar en Burgos, porque, entra el día 17 y fija su residencia en el Palacio del Condestable de Castilla, donde vá a desarrollarse una de las escenas mas trascendentales, reveladoras de su genio vigoroso, valiente y recto.

Al día siguiente se dispensó una suntuosa y cordial acogida a su esposa D.^a Isabel de Portugal, y tanto el Concejo como el Cabildo, dispusieron cuantos extraordinarios eran posibles para hacer más agradable la estancia a los Reyes y para demostrarles la alegría que el pueblo sentía por su visita.

Coincidiendo con la estancia del Emperador en Burgos, el día 12 de febrero de 1528, hubieron de celebrarse unos autos entre su fiscal y el alguacil mayor de la armada de Magallanes, el burgalés Don Gonzalo Gómez de Espinosa, que reclamaba el pago de sueldo durante todo el tiempo que había estado preso de los portugueses.

En esta ocasión se habían reunido en Burgos los embajadores de Francia, Inglaterra, Venecia y Florencia, que habían formado la Liga Santa y de Amiens. Su proyecto era proseguir unas negociaciones de paz que el Emperador no podía admitir porque en ellas se olvidaba el compromiso contraído por Francisco I para su liberación.

Fué entonces cuando el Monarca español se dirigió al enviado de Francia para destacar el desleal comportamiento de su amo y retarle con estas palabras: «Ha hecho vil y ruinmente no guardarme la fe que me dió por la capitulación de Madrid. Y si él esto quisiese contradecir, yo se lo mantendría de mi persona a la suya».

Estas negociaciones desarrolladas en el Palacio del Condestable de Castilla, en la ciudad de Burgos, desde el 17 de octubre de 1527 hasta el 22 de enero de 1528, se convirtieron pronto en una formal declaración de guerra. Para organizar y asegurar el intercambio de diplomáticos, el Emperador dispuso el traslado a Poza de la Sal, mientras se acordaba el canje de los unos por los otros en la ciudad fronteriza de Fuenterrabía.

Por las crónicas de alguno de estos viajeros, particularmente por la de Don Andrés Navagero, representante de la República de Venecia, se sabe que salió de Valladolid huyendo de la epidemia que allí se había desarrollado, que pasó el Pisuerga para pernoctar en Villasandino el día 16 de octubre de 1527, y siguió por Isar a Burgos para llegar el 17 y hospedarse en la calle Tenebregosa. Elogia la población por su importancia y por sus buenas edificaciones, pero no habla así de las calles que tilda de estrechas y oscuras; tampoco le agrada el clima, que dice ser triste, con frecuencia nublado, frío, de hielos y nieves. Contrasta lo desapacible y largo del invierno con los rigores del calor y brevedad del verano, para sacar la consecuencia de que «en Burgos hay diez meses de invierno y dos de infierno». Menos mal que encuentra virtudes en sus moradores y dice: «la mayor parte son ricos mercaderes que viven regaladamente y son muy cortes y honrados».

En esta pintoresca villa de Poza de la Sal estuvieron confinados los comisionados desde el 23 de enero hasta el día 19 de mayo que, acompañados de Don Juan de Cartagena, emprendieron el viaje de regreso para cruzar el Bidasoa el 30 de mayo y recibir a su vez a los embajadores españoles.

Mientras, tanto, el Rey Carlos I de España y V de Alemania, se había ido a Madrid, Monzón, Toledo y Barcelona, para seguir a Italia en el mes de agosto de 1529, después a Alemania y Bélgica y volver a España para entrar por la Bahía de Rosas el 21 de abril de 1533.

Ya no vuelve a pisar tierra burgalesa hasta el 28 de agosto de 1538, que pernocta en Aranda de Duero, de paso para Valladolid, y los días 22

y 23 de noviembre de 1539, en la ciudad de Burgos, de paso para Francia.

Es ya el 26 de mayo de 1542, cuando se detiene a descansar en Celda del Camino, de paso para Burgos, donde se le espera a comer en el Monasterio de Las Huelgas, y llega a mediodía del 27. Después de rezadas vísperas con la Comunidad, emprendió Su Magestad el camino a Burgos y en el trayecto se encontró con el Condestable de Castilla, Don Pedro Fernández de Velasco, tercer Duque de Frías y quinto Conde de Haro, que había salido a recibirle en compañía del Concejo y del Cabildo de la ciudad.

La regia comitiva pudo admirar por primera vez la restauración que había tenido en años recientes la fachada principal del Arco o Puerta de Santa María, ornamentada, entre otras figuras de insignes patricios, con la propia del Emperador Carlos V, vestido de rica armadura, corona imperial ceñida, espada en la mano y una cartela con su dedicatoria.

Una ligera indisposición del Rey le hizo retrasar su salida hasta el día 2 de julio de aquel año de 1542, cuando fué a pernoctar a Ibeas de Juarros; al día siguiente estuvo en Villafranca Montes de Oca, y el 4 en Belorado, por donde salió de la provincia de Burgos, camino de la Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña.

Ya no se vuelve a ver al Emperador hasta el año 1556 cuando incapaz de valerse de sus movimientos por la dolencia que agota sus fuerzas, decide recluirse en el Monasterio de Yuste para esclavizar sus energías, seguir vigilante la marcha de los acontecimientos y finalmente abdicar la Corona en su hijo el Infante Don Felipe.

Es entonces cuando procedente de Flandes desembarca por última vez en Laredo, entra en la provincia de Burgos por Medina de Pomar el 9 de octubre de 1556, pernocta en el Monasterio de Oña el 10, en Briviesca el 11, y dolorido de tanto movimiento en literas y sillas de mano, tiene que hacer alto durante tres días en Monasterio de Rodilla.

Al fin el día 12 de octubre de 1556 fué llevado directamente al Palacio del Condestable de Castilla a su entrada en Burgos y se encuentra tan cansado, que no puede recibir las visitas para darle la bienvenida que le quieren rendir las autoridades burgalesas. Haciendo un esfuerzo lo hace al día siguiente, cuando también llegan a Burgos sus hermanas, las reinas viudas de Francia y de Hungría, que seguían su pasos acompañadas de un séquito numeroso, a quienes por orden del Emperador se reservaron los honores y suntuoso recibimiento que para él se había preparado, continuando el viaje en su compañía al otro día, camino de Valladolid.

Así, en una suprema gracia de Dios, le es permitido a Carlos I de España y V de Alemania, recibir el homenaje cariñoso de sus leales vasallos burgaleses en una de sus últimas etapas del postrer viaje de su vida, mientras se desintegran las pomposas vanidades, el genio y el orgullo del hombre más poderoso de la tierra.

En este breve y fugaz tránsito en el espacio de los tiempos, el Consejo burgalés quiere perpetuar su recuerdo en una pintura al fresco que hace pintar representando la abdicación de la Corona en su hijo Don Felipe y se vé iluminada por los rayos de luz que pasan a través de un ventanal, en una de las paredes de la Sala de Poridad del Arco de Santa María.

15 diciembre 1958.

GONZALO MIGUEL OJEDA